
RESUMEN

El presente artículo analiza la noción de cultura nacional a partir de la obra de un individuo radicado en Monterrey en el siglo XIX. La pregunta que impulsa este trabajo es averiguar qué se hacía entonces desde las regiones para abonar a la construcción del Estado nacional desde el plano intelectual. Así, tomamos como muestra la labor de José Eleuterio González, personaje de múltiples facetas que se comprometió con el desarrollo de su entorno inmediato, fue partícipe en varios proyectos de alcance local y estuvo relacionado con algunas de las figuras más prominentes de su época. La investigación arroja luz sobre cómo incidió en aquella centuria lo realizado por estudiosos ubicados en varios lugares de la república sobre distintos temas para proyectos culturales de grandes miras y carácter nacional.

Palabras clave: cultura nacional, región, siglo XIX, Nuevo León.

ABSTRACT

This article analyzes the concept of national culture which took the work of a person who lived in Monterrey in the 19th century. The questions that guide the arguments in the following pages is to find out what was made from the different regions to pay the national State building from the intellectual plane. So, we analyze the intellectual activities made by José Eleuterio González: personage of multiples facets who committed with the development of his community; he was part of various projects with local and national relevance; and was vinculated with some of the most prominent persons in that epoch. The research gives signs about how the work on diverse matters made from different regions of the Mexican republic contributed on the greatest cultural projects of national character.

Keywords: national culture, region, 19th century, Nuevo León.

La cultura nacional desde las regiones en el siglo XIX. El caso de José Eleuterio González (1813-1888) en Nuevo León

National culture from regions
in the nineteenth century.
The case of José Eleuterio González
(1813-1888) in Nuevo León

Édgar Iván Espinosa Martínez¹

-
- 1 Nacionalidad: Mexicano. Grado: Doctor en Historia Moderna y Contemporánea. Especialización: Historiografía e Historia Cultural. Adscripción: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Instituto de Ciencias Sociales y Administración, Departamento de Humanidades, Área Historia. Correo: edgarivan.espinosamartinez@gmail.com; edgar.espinosa@uacj.mx

Fecha de recepción: 7 de octubre de 2013

Fecha de aceptación: 19 de marzo de 2014

Planteamiento

El siglo XIX en México fue una etapa de reconstrucción. Tránsito entre la etapa virreinal y el Estado moderno, durante ese lapso de tiempo se constituyeron muchas de las bases que aún sustentan la vida institucional del país. Sin embargo, en un vistazo a ese periodo de nuestra historia encontramos que dicho tránsito tuvo su dificultad, y es que si bien se logró romper con el régimen colonial durante décadas fue imposible instaurar otro estable y duradero; también están documentadas las incontables luchas intestinas que por distintos motivos (monárquicos-republicanos, centralistas-federalistas, conservadores-liberales, regiones-centro) se desataron en una sociedad heterogénea (mestizos, criollos, indígenas, mulatos, negros); otro aspecto conocido es el poco desarrollo de las vías de comunicación en el territorio nacional, lo que incidió en el aislamiento de ciertas regiones, en la consecuente irrupción de cacicazgos, incluso en la separación de entidades (Texas lo consiguió, Yucatán lo intentó); asimismo, ciertas investigaciones indican la condición precaria —podría decirse al borde del colapso— de la economía nacional; por si todo esto fuera poco, hay que recordar las invasiones de los ejércitos estadounidense [1846-1848] y francés [1862-1866].

En un escenario por demás desventajoso, que atentó contra la formación del Estado mexicano, de esta breve exposición se deduce que las crisis políticas, militares y económicas fueron durante varias décadas obstáculos para la conformación y consolidación de lo *nacional*. Dicho sentido del *ser* nacional logró constituirse desde otro ámbito: el de la *cultura* (en particular, los proyectos editoriales). Muestra de ello son los múltiples esfuerzos que en dicho rubro se hicieron en distintas partes del país durante aquella centuria (periódicos, revistas, catecismos, historias, biografías, crónicas, diarios de viaje, novelas, cartillas, folletería), teniendo entre sus objetivos construir y fomentar un sentido de pertenencia. En otros términos, mientras las estructuras política o económica fueron incapaces por un tiempo de propiciar las condiciones necesarias para la constitución de la nación, los proyectos donde se difundían las ideas, las palabras, el pensamiento, lograron

dotar de *sentido* a ese ente nacional (Soberón Mora, 2001: 431-444). Por tanto, consideramos que la *cultura nacional* durante el siglo XIX tuvo una función estratégica para la conformación de México como nación independiente.

En las siguientes páginas nos proponemos explorar cómo esa *cultura nacional* se gestó, también, desde las regiones con la actividad de individuos que aún hoy tienen reconocimiento en sus respectivos ámbitos locales (quizá regionales), como es el caso que ahora abordamos. Consideramos relevante dicho aspecto, ya que la obra de los grandes personajes nacionales (Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto o Manuel Altamirano, por mencionar algunos de los más destacados) se ha estudiado —y se sigue estudiando— desde distintos ángulos con acuciosidad. En tal sentido, lo que impulsa al presente trabajo es acercarnos y conocer la propuesta cultural —en particular su faceta como historiador— desarrollada por un ilustrado mexicano desde un punto en el norte de la república.

La producción impresa y la noción de cultura nacional

Los hombres públicos del México decimonónico activos política e intelectualmente empleaban el término “bellas letras” para referirse al cúmulo de actividades (opinión pública, deliberación política, divulgación científica, propaganda religiosa) que desarrollaron en diversas áreas (periodismo, novela, historia, ciencia, educación) plasmadas de forma impresa. Tomemos como ejemplo la *Biografía* que escribiera Hermenegildo Dávila hacia 1888 sobre nuestro personaje. En ella, su autor agrega en el título “escrita por su discípulo en bellas letras”, en alusión a que recibió de José Eleuterio González en el Colegio Civil de Monterrey [figura 1] la preparación en ese ámbito de lo que hoy se denomina cultura (Dávila, 1888). Cabe señalar que con dicho trabajo, Dávila inició la tradición, a nivel local, en cuanto al rescate y difusión de la vida y obra de *Gonzalitos*. A lo largo del siglo XX, autores como Santiago Roel [1938], Carlos Pérez-Maldonado [1959, 1960 y 1963], Francisco Guerra [1968], Aureliano Tapia [1976] y Rodrigo Mendirichaga [1992] hicieron contribuciones importantes tanto en el aspecto

biográfico como en el estudio de su actividad múltiple. El presente trabajo se inserta en esa línea.

Figura 1. Boleta de inscripción de estudios preparatorios del Colegio Civil de Monterrey [1881].



Fuente: Biblioteca Miguel de Cervantes, ITESM.

Para el caso de nuestro país a lo largo de aquella centuria, ¿qué características y condiciones delinearon el proceso constitutivo de una cultura? Es posible identificar ciertos aspectos. Por ejemplo, desde el punto de vista empresarial los editores y sus imprentas tuvieron la oportunidad de hacer negocio con la venta de publicaciones; si bien la constante fue la corta duración de publicaciones periódicas (revistas, periódicos) por la inestabilidad de la época ya señalada, nuevos proyectos circulaban, lo cual mantenía la actividad. En esa línea una estrategia que resultó rentable fue la de “entregas” (semanal, quincenal, mensual), ya que tomaba el pulso en cuanto al interés de un público lector, además de servir para financiar los propios proyectos editoriales. Lo anterior nos lleva a otro punto, del cual se conoce poco (básicamente por la falta de datos e información): los hábitos de lectura. Suele afirmar-

se —con bastante ligereza— que los mexicanos de entonces tenían poco interés por la lectura (o de plano no leían); condiciones como la carencia de estadísticas en ese rubro (recordemos que los primeros trabajos modernos y sistemáticos iniciaron hacia 1895) o el hecho de que la mayoría de la población fuera analfabeta, suelen reforzar dicha percepción. Para matizar lo anterior, debemos señalar que la lectura en voz alta —tanto en espacios privados (la familia en su casa) como públicos (quioscos, plazas, parques)— fue una forma que se utilizó para entretener e informar. Es decir, en los ejemplos mencionados bastaba con que una persona supiera leer para que el resto escuchara y se diera un proceso colectivo de lectura. Otro punto a destacar es que, si bien al principio buena parte de las publicaciones periódicas tuvo un carácter misceláneo, poco a poco algunas de ellas empezaron a centrarse en ciertos temas que acabaron dirigiendo a públicos específicos; así, los trabajos de corte científico eran demandados por la clase gobernante o dirigidos al ámbito educativo, mientras que, de forma paulatina, se conformaban ofertas para atender a sectores claramente delimitados como mujeres o niños. Otra situación que debe tomarse en cuenta es el uso político e ideológico que se le dio al material; por tanto, liberales y conservadores, gobernantes y políticos o corporaciones como la Iglesia, hicieron un uso estratégico de esos instrumentos para divulgar sus ideas y justificar sus proyectos. Más allá de las tomas de posición política y el debate ideológico, el propósito era abonar la construcción de una *mexicanidad*.

Al convertirse dicha obra en objeto de estudio para las y los historiadores a lo largo del siglo xx desarrollando diversas líneas de investigación (historia cultural, historia intelectual, historia conceptual), el término que engloba dichas actividades es el de *cultura nacional*.

Las regiones en las grandes empresas culturales

Se mencionó al principio que la inestabilidad política que padeció el país a partir de su independencia impidió la constitución del Estado nacional, y que fue desde la literatura de la época (conjunto de actividades que abarcaba, entre otras, la historia) desde donde fue posible

proyectar dicho ente nacional. En tal sentido, indico dos ejemplos de empresas culturales que abonaron a ese espíritu nacionalista ubicados en la segunda mitad de aquella centuria: *Diccionario Universal de Historia y Geografía* [1853-1856] y *México a través de los siglos* [1884-1889]. El primero, una empresa editorial encabezada por Manuel Orozco y Berra, cuyos 10 tomos y tres apéndices poseen una clara inspiración ilustrada y el propósito de elaborar un diagnóstico tras la invasión del Ejército estadounidense; el segundo, proyecto dirigido por Vicente Riva Palacio, respaldado por el régimen porfiriano y que representa en sus 5 volúmenes la epopeya del pueblo mexicano en busca de su libertad.

En este contexto, ¿qué se hizo desde las regiones para abonar a estos dos monumentos? Para los objetivos del presente trabajo, es imperativo advertir que ambas obras estratégicas en su momento —y de grandes miras— fueron realizadas, en buena medida, gracias a la labor de individuos —muchos de ellos hasta la fecha desconocidos—, quienes desde sus respectivos ámbitos locales hicieron una exhaustiva búsqueda de datos, materiales, documentos e información acerca de diversos rubros en las distintas partes del país. Así, para el caso del *Diccionario...* y en lo que respecta a Monterrey, el personaje que participó con una descripción de la capital neoleonesa fue José Sotelo Noriega (1825-1865). Nacido en Zacatecas, Sotelo Noriega fue médico y acompañó a las tropas que combatieron la invasión del Ejército estadounidense en la zona del bajo río Bravo. Después de la guerra, radicó en el municipio de Linares, Nuevo León. Por lo que respecta a *México...*, el historiador local que fue tomado en cuenta es José Eleuterio González, debido al estudio acucioso que realizó sobre la etapa colonial en una parte del norte del virreinato (en particular, las Provincias Internas de Oriente). Al referirse a nuestro personaje y citarlo en la mencionada obra, Riva Palacio le llama “respetable historiador” (Riva Palacio, 1889: 771-772).

La generación de José Eleuterio González

José Eleuterio González vivió buena parte del siglo XIX: vio la luz en la última etapa novohispana y dejó de existir en pleno porfiriato. Nació en Guadalajara el 20 de febrero de 1813 y murió en Monterrey el 4 de

abril de 1888 [figura 2]. Llegó a la capital de Nuevo León a los veinte años de edad y se convirtió en el prototipo del ilustrado mexicano de la época: ejerció la medicina, promovió proyectos educativos que siguen vigentes (el ya mencionado Colegio Civil de Monterrey en 1859), ocupó —de forma temporal— cargos públicos estratégicos como la gubernatura de la entidad y estudió el pasado colonial. En este último aspecto, inició un rescate y divulgación de fuentes y documentos ubicados en archivos locales —de carácter civil y eclesiástico— sobre la etapa novohispana de la mencionada entidad y de la región de la cual formaban parte (las mencionadas Provincias Internas de Oriente).

Figura 2. José Eleuterio González [1863].



Fuente: Carlos Pérez-Maldonado (1963). *Los Pérez-Maldonado*. Monterrey: Imprenta El Regidor.

Desde un punto de vista generacional, consideramos dos propuestas que pueden ser útiles para ubicarlo. Quizá la más conocida es la de Luis González y González, para quien el ilustrado que radicó en Monterrey formaría parte de lo que el historiador michoacano concibe como la *pléyade de la Reforma*; es decir, se encontraría entre aquel puñado de quienes la historiografía considera como próceres y notables que vieron la luz entre 1806 —con Juárez como decano— y 1820. Dicha generación *romántico-liberal* fue una élite en el sentido más estricto del término: un grupo cuya condición de clase le permitió tener una vida con ciertas ventajas. Así, la gran mayoría de ellos habría nacido en entornos urbanos con poblaciones en algún grado densas; desde un punto de vista racial perteneció a una “minoría blanca” y la formación que tuvo señalaba oficios como el sacerdocio, la actividad política, el quehacer cultural, la vida castrense o la ciencia médica, con lo cual, necesariamente, se infiere que fueron individuos con acceso a algún tipo de instrucción (González y González, 1997: 17-32).

En el mismo sentido pero centrando sus argumentos en las ideas y pensamiento de aquellos personajes, Charles Hale advierte que se trató de liberales mexicanos, quienes elaboraron y difundieron intelectualmente la Reforma. Para el historiador estadounidense, ilustrados como Otero, Arriaga, Lerdo de Tejada, Ocampo, Ramírez y Prieto, nacidos entre los años de 1810 y 1820 y ejerciendo, por lo general, la abogacía, habrían conformado una *generación romántica* (Hale, 2002: 22). Un par de aspectos destaca entre los miembros de dicha generación: creer en el devenir histórico (*romanticismo*) y apelar a la guía de un Estado rector (*liberalismo*).

Para ellos, como parte de una élite progresista, era necesaria una transformación que implicaba acabar con ciertas condiciones del antiguo régimen que aún permanecían (clasificación étnica, desigualdad económica, ausencia de reconocimiento político). En contraste, sus aspiraciones (república federal democrática, instituciones representativas, sociedad secularizada, desarrollo de la libre empresa, salvaguardar los derechos individuales) apuntaban hacia un modelo que impulsara la modernización y el progreso. El sustento de tales planteamientos

era el liberalismo en su fase *estatista*, lo cual suponía que el individuo solo podía ser libre dentro de los márgenes del Estado.

El Estado como referente

Todo el quehacer que nuestro personaje hizo (educación, medicina, estadística, historia) no solo sirvió para resolver problemas del momento (enfermedades, patologías sociales, formación de generaciones, conocimiento del territorio), también atendió aspectos relativos a promover entre los mexicanos de la época *modelos de conducta* (fomentar el compromiso, reactivar la lealtad, restablecer jerarquías). Lo anterior se consideró crucial para restablecer el orden y la estabilidad por parte de las élites activas en los planos político e intelectual, ya que con la Independencia y las posteriores luchas intestinas e invasiones, dichas actitudes —fraguadas durante el periodo colonial— habían quedado trastocadas. En buena medida, los desacuerdos de entonces fueron provocados por la falta de cohesión al quedar minados dichos modelos sociales gestados durante el virreinato (Palti, 2005: 409-410).

Puesto que la idea es encontrar un vínculo entre la labor intelectual (en especial como historiador) del personaje en cuestión y la construcción del Estado mexicano, debemos comenzar por aclarar qué concepto de Estado privaba entonces. En su forma *moderna* —en particular durante el siglo XIX—, el Estado fue una construcción conceptual formalista, cuya composición básica era de tres elementos: *soberanía* (poder político), *pueblo* (ciudadanos) y *territorio* (espacio geográfico). Lo anterior obedeció al objetivo de constituir una organización coercitiva para ordenar a las sociedades. Es posible ejemplificar el planteamiento anterior a partir del derecho, la norma, la ley y la justicia, que durante aquella centuria el Estado mexicano se apropió hasta tener el monopolio de su “correcta” interpretación y aplicación. Lo anterior llama la atención, si se toma en cuenta que durante la etapa colonial se desarrollaron múltiples formas de ordenamientos jurídicos no estatales (indígenas, religiosos, corporativos, etcétera). Dicho “absolutismo jurídico” decimonónico tuvo como objetivo controlar y modelar las acciones de los individuos en todas las esferas de la vida (Arenal,

2008: 303-322). En cuanto al vínculo entre Estado e historia, puede señalarse que la constitución del Estado moderno (suma de todas las instituciones, autoridad pública suprema y, por tanto, el gran referente) supuso una confrontación con los diversos grupos, segmentos y estratos, al imponer una *uniformidad* a través de una legislación general, una administración central y un poder único. En lo que concierne a la escritura de la historia, debe destacarse la función que tuvo en dicho proceso la elaboración y difusión de una *historia patria*, que se encargó de justificar, difundir y promover dicha uniformidad (*mexicanidad*). Para la experiencia mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, el referido *México a través de los siglos* logró abonar en la consecución de tal objetivo estratégico (Florescano, 2012: 88-96).

En el proceso señalado tuvieron incidencia premisas de dos tendencias de pensamiento, que, a su vez, delinearon la historiografía de la época. Por un lado, el movimiento romántico, originado y propagado en Europa entre 1760 y 1830 con ondas repercusiones en los campos artístico, filosófico y literario (Berlin, 2000: 27). Un rasgo que definió al *romanticismo* fue interesarse y valorar el pasado más remoto, ya que en él podrían encontrarse logros de otros momentos históricos para el Occidente (la etapa anterior al cristianismo o la Edad Media), así como de otras culturas (egipcia, china, india). En México, dicha corriente de pensamiento se desarrolla a partir de 1836 con la fundación de la Academia de San Juan de Letrán y el triunfo liberal de 1867, le dio un nuevo impulso; por tanto, la victoria sobre el invasor, que supuso la restauración republicana, contribuyó de forma decisiva a construir y difundir un renovado sentido de pertenencia nacional. Dicha representación de *mexicanidad* se manifestó a través de pinturas, dibujos, fotografías, novelas, poesía, diarios de viaje y, por supuesto, el trabajo de los historiadores. Para los historiadores mexicanos de la época, el estudio del pasado era un reencuentro con el origen mediante lo cual elaboraron y difundieron un sentido de pertenencia. La obra de generaciones completas (V. Riva Palacio, G. Prieto, J. M. Iglesias, M. Orozco y Berra, M. Altamirano, J. M. Roa Bárcena) tuvo su impulso en dicho movimiento “aclimatado” a las circunstancias nacionales. Es importante advertir lo anterior, ya que mientras los románticos euro-

peos tuvieron una obsesión por la belleza (en la obra literaria, musical o artística), para los románticos mexicanos no todo era cuestión de alcanzar las cimas estéticas, pues también pensaban en la utilidad que debía tener su trabajo intelectual (en este caso, instruir a las masas para recrear los *modelos de conducta* referidos).

Por otra parte, los planteamientos e ideas liberales durante el siglo XIX se centraron en otorgar primacía —y en cierta forma exaltar— a los modernos estados nacionales. Para la situación del México independizado a principios de esa centuria, en automático entró en la tesitura: la prioridad era, por tanto, constituir el Estado nacional mexicano. La élite, entonces activa en los planos intelectual y político, reconoció tal prioridad y se sumó a ello, al organizarse en espacios específicos (sociedades, clubes, agrupaciones) para desarrollar sus tareas y actividades de forma articulada (literatura, periodismo, educación, opinión pública, programas de gobierno). En esa intervención estratégica dirigida a propiciar gobernabilidad, los historiadores desempeñaron un papel relevante, ya que con su obra ayudaron a modelar al ciudadano mexicano, al darle a conocer su pasado en un sentido ideográfico.

La escuela metódica en México

La profesionalización de la historia como disciplina, se inicia en nuestro país en la década de 1940. Instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México comenzaron, entonces, a desarrollar proyectos académicos destinados a producir y difundir conocimiento sobre el pasado. Muestra de ello son las ofertas de licenciaturas y posgrados, la multitud de publicaciones y la organización de eventos donde se discute lo realizado en dicho oficio (Matute, 1974: 15-29). Sin embargo, es necesario advertir que en México, desde mucho tiempo antes, se había articulado un ámbito en el cual prominentes hombres públicos investigaron, escribieron y publicaron trabajos sobre el pasado nacional. Los postulados metodológicos (base documental, aporte de las ciencias auxiliares, conocimiento indirecto, visión lineal del pa-

sado), empleados en tales propuestas historiográficas —en particular aquellas ubicadas en la segunda mitad del siglo XIX—, corresponden a la llamada *escuela metódica* (Dosse, 2004: 29-36).

Dicha propuesta científico-idealista se encuentra en su forma más acabada en los postulados de Leopold von Ranke (1795-1886). El objetivo era “aproximarse a la verdad histórica”, a partir del reconocimiento y trabajo de “fuentes primarias”, que den “exposición rigurosa de los hechos” del pasado (Ortega y Medina, 1980: 97-98). Lo anterior, representa el inicio de la forma *moderna* del oficio. Tales hechos, como factores efectivos de sucesos históricos únicos, debían considerarse en su relación con una experiencia más amplia, con el todo. Asimismo, la línea metodológica de von Ranke tuvo implicaciones de tipo político-ideológico, al considerar a ciertas instituciones (la Iglesia, el Estado) como imprescindibles para acceder a la civilización, el progreso y la modernidad (White, 2001: 170 y 172). Y si la aspiración era un entorno moderno, civilizado y estable, el estudio del pasado debía insertarse en dicho proceso. De ahí el objetivo de desmarcar a la historia de los caracteres teológico, filosófico o literario, que hasta entonces la definían.

El proceso se afianzó durante la segunda mitad del siglo XIX, al menos en dos aspectos: por un lado, comenzaron a circular publicaciones periódicas de estudios históricos, cuyas principales propuestas se desarrollaron en lo que hoy es Alemania [*Historische Zeitschrift*, 1859], Italia [*Rivista Storica Italiana*, 1884], Inglaterra [*English Historical Review*, 1886] y la citada propuesta en Francia; por otro, dos trabajos esquematizaron dichos postulados como el *Lehrbuch der historischen methode und der geschichtsphilosophie*, de Ernst Bernheim, publicado en 1889; y la *Introduction aux études historiques*, de Charles Langlois y Charles Seignobos, del año 1898. Es necesario señalar que esta nueva forma de apropiarse y representar el pasado —definida por conceptos como modernidad y progreso—, se fraguó a finales del siglo XVIII (Koselleck, 1993: 256).

¿Es posible rastrear tales planteamientos en la historiografía mexicana de la época? Para abordar el punto, retomemos los dos proyectos culturales ya citados: *Diccionario...* y *México...* En lo que respecta al estudio del pasado, ambas obras destacaron la necesidad de consultar

las fuentes primarias —en especial, las oficiales, pero sin despreciar otro tipo de información— como una forma de darle solidez a sus investigaciones. Tal premisa supuso alejarse de nociones como la de testigo ocular o superar la idea de que el estudio del pasado se hace desde la literatura; los aspectos mencionados habían dominado la escritura de la historia desde hacía siglos. En general, se trató de una época en la que se propiciaron los primeros planteamientos, prolijos y de alto nivel, en torno a una actividad que pretendía encarar y resolver, al menos, dos preocupaciones específicas: la intención de posicionar al estudio de la historia como un ejercicio científico, practicándola desde las profesiones liberales, y la utilidad que de dicho oficio se podía tener según las coyunturas político-ideológicas de ese momento. La escritura de la historia tuvo, por tanto, un carácter estratégico —al menos durante ese lapso— y la obra de prominentes personajes nacionales (ya mencionados) es muestra de ello (Espinosa Martínez, 2010: 21-58).

Así, encontramos que los hombres públicos de aquella época, ocupados en profesiones reconocidas ahora como liberales y ejercidas particularmente en entornos urbanos (periodistas, literatos, abogados, ingenieros, médicos), habrían empezado una reflexión en dos sentidos: por un lado, la posibilidad de practicar una investigación y escritura de la historia, que se alejara de meras preocupaciones estilísticas o especulaciones filosóficas; por otro, que la historia como disciplina pasara a formar parte de las ciencias modernas. Aquellas generaciones plantearon de forma estratégica una búsqueda, organización y crítica de documentos (método) para elaborar una representación de verdad histórica (escritura), que se caracterizó por un sentido ético (carácter cívico) y un uso político-ideológico (identidad nacional mexicana). Lo anterior advierte la existencia de un ámbito, desde el cual se inició una nueva etapa en la tradición historiográfica mexicana. Como se aprecia, al instaurarse la profesionalización de la historia en nuestro país, casi al mediar el siglo xx, ya había un camino recorrido, cuyo propósito fue ejercer el oficio a partir de preceptos científicos.

El doctor González como historiador

La propuesta historiográfica del doctor González está orientada por las condiciones que se acaban de señalar, esto es, se rige por los postulados de la *escuela metódica*. Como historiador inició su trayectoria presentando transcripciones de documentos coloniales en *La Revista de Nuevo-León y Coahuila* [figura 3]. El proyecto se llevó a cabo durante la última parte de la administración de Santiago Vidaurri en ambas entidades [entre noviembre de 1863 y marzo de 1864], tuvo carácter misceláneo, su duración fue breve y pretendió promover un sentido de pertenencia a nivel regional (Espinosa Martínez, 2009: 101-123). En 1867 —fecha axial para la experiencia mexicana— publica su primer libro de historia estatal intitulado *Colección de noticias y documentos para la historia del Estado de Nuevo León*. Como se dijo, esta obra es la que Riva Palacio cita en el segundo tomo de *México...* para referir el proceso formativo de las antiguas Provincias Internas de Oriente.

Existe aquí una condición relevante desde el punto de vista historiográfico, debido a que aquella pléyade de ilustrados tuvo algo que —desde nuestro presente— puede considerarse una “ventaja” decisiva para interpretar mejor el pasado y *reinventar* la nación: conocer el *desenlace histórico* de 1867. Hale afirma que “después de 1867 el liberalismo dejó de ser una ideología en lucha contra unas instituciones, un orden social y unos valores heredados, y se convirtió en un mito político unificador” (Hale, 2001: 15). Dicho proceso tuvo un efecto profundo y duradero en la historiografía mexicana a partir de esa fecha, al hacer un uso político del pasado.

Figura 3. Portada de La Revista de Nuevo-León y Coahuila [1864].



Fuente: Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, uanl.

Esa “segunda Independencia” —como se le llamó entonces— abrió paso al triunfo liberal y a la estabilidad que la acompañó —relativa si

se quiere—, lo cual permitió a los historiadores de esa época contar con una perspectiva única para representar el pasado y proyectar el futuro. Puede dimensionarse dicho aspecto en las propuestas historiográficas elaboradas antes de la fecha mencionada. Tomemos como ejemplo la *Historia de Méjico*, de Lucas Alamán (1792-1853), publicada entre 1849 y 1852. De condición criolla e identificado como conservador, el historiador concibió la obra en medio de los innumerables problemas y diversas disputas presentes en buena parte de aquella centuria; al no conocer el *desenlace*, Alamán expone una visión pesimista y sombría sobre el devenir de la nación mexicana. Superada la disputa político-ideológica (al menos en lo esencial), los historiadores pudieron valorar el pasado (en el caso de nuestro personaje, la época colonial) y concebir un “futuro” para elaborar y difundir una historia acorde a los propósitos de la nueva circunstancia; esto es, promover la unificación nacional en torno a un proyecto liberal triunfante. En este aspecto, Koselleck (1993) señala que

desde el punto de vista de la historia social, a la factibilidad de la historia se remiten algunos grupos activos que quieren imponer algo nuevo. Estar aliados con una historia que se mueve por sí sola y a la que solamente se ayuda a ir adelante, sirve tanto de auto-justificación como de amplificador ideológico, a fin de ganarse a los demás y arrastrarlos (260).

El aspecto ideológico que ahora se destaca es útil para el estudio de la historiografía mexicana del siglo XIX, pues el impacto que tuvo en ello el proceso que culminó en 1867 fue crucial. Baste decir que dos años antes (en 1865, durante el II Imperio), Manuel Larráinzar —identificado con el ala conservadora de la época— ya había planteado una propuesta vanguardista para el estudio estratégico de la historia nacional. Ignacio Álvarez hizo el primer ejercicio —que pasó un tanto inadvertido— con sus *Estudios sobre la historia general de México* [1875-1877], pero sería la versión liberal del multicitado *México a través de los siglos* la que acabaría imponiéndose. Como vemos, los liberales triunfantes, para “auto-justificarse”, “ganar voluntades” e “imponer algo nuevo”, hi-

cieron *suya* la historia de México al proyectarle un futuro. La aparición del primer texto de historia estatal del doctor González —y del resto de sus trabajos sobre el tema—, es parte de ese ambiente.

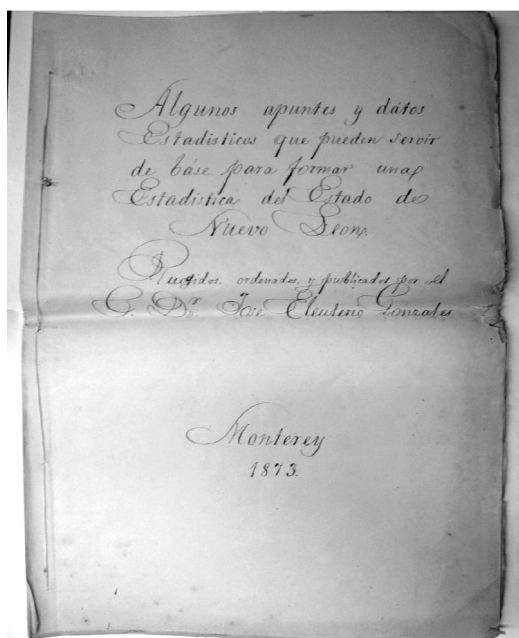
A partir de entonces comenzó a darse un nuevo impulso a los esfuerzos dirigidos a rescatar, representar y difundir el tema nacional, a través de múltiples proyectos editoriales (como ya se mencionó). Ciertas condiciones lo propiciaron como la libertad de expresión, los adelantos técnicos en la imprenta, el ánimo de concordia que privó entre las más prominentes figuras nacionales —a pesar de sus profundas diferencias en el plano ideológico—, lo cual hizo posible movimientos como las *veladas literarias*, así como el compromiso de aquella generación romántica por dirigirse a las masas.

Nuestro personaje publicó dos libros más: *Apuntes para la historia eclesiástica de las provincias que formaron el obispado de Linares, desde su primer origen hasta que se fijó definitivamente la silla episcopal en Monterrey* en 1877 y unas *Lecciones orales de historia de Nuevo León* en 1881. También dejó unos *Apuntes para la historia de Coahuila*, material que jamás logró publicar. Parte de sus escritos se encuentran en sus *Obras completas*, 4 tomos que se editaron entre 1885 y 1888. Asimismo, otros trabajos que nuestro personaje realizó para exaltar el nacionalismo (la Independencia y sus héroes) o sobre el estudio de problemáticas locales (la estadística y la geografía), le valieron el reconocimiento de instituciones destacadas a nivel nacional. Por ejemplo, el *Boletín* de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística publicó dos de ellos: “El 15 y el 16 de septiembre” en 1870 y el multicitado “Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León” en 1873 [figura 4]. Este indicio, además de su vínculo con Riva Palacio en su condición de historiadores, lo muestra como miembro activo y distinguido de su generación, cuya actividad fue parte del esfuerzo por crear una *cultura nacional*. Los aspectos mencionados en la obra de nuestro autor, se consideraron estratégicos para su estudio y divulgación como parte de la construcción nacional (Zepeda, 2012: 187-215).

La Colonia, inicio de la tradición mexicana

Se apuntó que nuestro historiador realizó un rescate documental sobre la etapa novohispana de las Provincias Internas de Oriente (siglos XVI-XVIII) en plena restauración republicana (segunda mitad del siglo XIX). Dichas Provincias fueron redefinidas por las Reformas Borbónicas como una vasta región político-administrativa y estaban integradas por las actuales entidades de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila en México, así como Texas en lo que hoy es Estados Unidos. Para el personaje en cuestión, los vínculos geográfico, cultural e histórico que detectó en el citado ámbito, se habían desarrollado durante la etapa colonial.

Figura 4. Manuscrito de “Algunos apuntes y datos estadísticos que pueden servir de base para formar una estadística del Estado de Nuevo León” [1873].



Fuente: Biblioteca Miguel de Cervantes, ITESM.

Un primer indicio que deja en su obra es el *sentido de perspectiva*, propio del historiador moderno. Por tanto, entendió que como historiador (*sujeto histórico*) se encuentra en otro tiempo respecto al pasado (*objeto histórico*) que estudia; si él estaba ubicado en la segunda mitad del siglo XIX (presente republicano), comprendió que su objeto de estudio se encontraba en otro momento histórico (pasado novohispano). Es lo que ahora todo historiador profesional reconoce respecto a la distancia de otras épocas (*otredad*); dicha distancia temporal la saldó con la búsqueda y el uso de documentos. Ahora este proceder a las y los historiadores les parece algo por demás común en su quehacer, pero para aquellas generaciones tales planteamientos fueron vanguardistas, al forjar una forma de percepción *moderna* del pasado. Al respecto, el doctor González (1887) escribió:

Por ahora servirán estos pocos apuntes de dar una idea muy imperfecta de cómo se implantó y se arraigó en estas provincias la religión santa de Jesucristo, cosa que creo de alguna utilidad. Así es que me propongo que estas escasas noticias, que con tanto trabajo he podido recoger, no se pierdan, sino que ordenadas de la mejor manera que he podido, lleguen alguna vez a servir de algo.

Del presente siglo, encontrar en Monterrey datos para la historia eclesiástica es de lo más sencillo; porque los archivos del Obispado y del Curato están ya formados y hay en ellos gran copia de documentos; pero no es así respecto a los dos siglos anteriores, los documentos de ese tiempo no solamente escasean sino que faltan las más de las veces. El archivo del Ayuntamiento es el único que contiene papeles de esa época remota, y en ellos es necesario buscar las noticias eclesiásticas cuando incidentalmente se encuentran (229-230).

Además del aspecto metodológico ya señalado, llama la atención que un personaje ilustrado, al tanto de los adelantos y avances científicos de su época en las distintas tareas que desarrolló, e identificado con los postulados liberales, como historiador se haya interesado en la etapa virreinal (en particular, en el papel que el catolicismo desempeñó). Lo

anterior viene a cuento, pues recordemos que durante los lustros posteriores al triunfo liberal y republicano, hubo un particular desprecio hacia todo lo que representó la tradición novohispana. Para muchos, la justificación de tal argumento radicaba en que si el país tenía mil problemas, se debía a lo que se arrastraba desde los tiempos de la conquista y posterior colonización.

En tal sentido, ¿cómo entender que un liberal le otorgara algún valor a una etapa considerada de atraso por los “radicales”? ¿qué relevancia ponderó el doctor González de la historia colonial en un ámbito regional específico? Un primer aspecto para responder a los planteamientos anteriores tiene que ver con el rescate y estudio de su obra historiográfica. A partir de dicho ejercicio, encontramos matices que nos permiten entender la *función social* del historiador en México en la segunda mitad del siglo XIX. Una de las tareas de esa función era —como ya se planteó— construir un *ser* nacional capaz de reconocerse en él y de distinguirse ante el mundo. Este postulado —propio del *romanticismo*— impulsó a nuestro historiador a buscar los orígenes, en este caso, en los procesos de conquista y colonización de una parte del septentrión de la Nueva España. Así, cuestiones relativas a la religión (catolicismo), la lengua (español) y lo étnico (mestizaje) fraguadas durante dicho periodo —en ocasiones a sangre y fuego, y aun a costa de la destrucción de culturas enteras—, el autor las identifica y presenta como pilares de ese *ser* nacional.

La presencia de la Iglesia (en particular de jesuitas y franciscanos) desempeñó una tarea ardua y estratégica no solo de llevar el dogma (catolicismo), sino que, además, significó un vínculo cultural con la inclusión del idioma (español). Ambos aspectos, según González (1887), serían, a la larga, pilares para la conformación de lo nacional. Al respecto, el siguiente párrafo es elocuente:

Continuamente andaban los misioneros de congrega en congrega visitándolas: llegaban a una, reunían los indios en el campo, les predicaban les decían misa, les enseñaban algo de la doctrina cristiana, les administraban los sacramentos á los que los necesitaban; y se iban á hacer lo mismo á otra. Si en su camino se encontraban algunos

indios gentiles, ó sabían que estaban cerca, hacían cuanto podían por catequizarlos y traerlos en paz. En uno de estos evangelicos viajes sucedió el siguiente caso: salió del convento el padre Fray Martín Altamirano y al poco de andar se encontró con una partida de indios gentiles de muy mala índole, quiso convertirlos y comenzó á hablarles, exhortándolos á recibir la ley de Dios; pero ellos en vez de escuchar sus palabras le echaron mano, lo llevaron al ojo de agua de la pastora, que está al pie del cerro de la Silla, lo ataron a un árbol, después de desnudarlo, lo mataron a flechazos, le cortaron muchos pedazos de carne, los asaron y se los comieron: un indio cristiano que supo este lamentable caso, vino á dar aviso, salieron algunos vecinos armados á buscarlo, lo hallaron horriblemente mutilado, lo trajeron; y fue enterrado en la Iglesia de San Francisco. Yo me acuerdo de haber visto, en la portería del convento de San Francisco de San Luis Potosí un cuadro antiguo que representaba el martirio de este bendito religioso (241-242).

La referencia anterior nos hace saber la ponderación que un ilustrado como el doctor González tuvo de un periodo histórico, tradicionalmente considerado oscuro y de atraso por la historiografía oficialista. No se olvide que un segmento de esta institución eclesiástica (los jesuitas) fue expulsado de la Nueva España como parte de las Reformas Borbónicas hacia 1767. De hecho, a los clérigos sin importar su adscripción les tocó la labor más dura (y posiblemente la más incomprendida): ir a los lugares más alejados e inseguros para atraer fieles al cristianismo y súbditos al imperio. En tal sentido, el objetivo de los misioneros, por lo general, eran los indígenas, cuya representación en tiempos de nuestro personaje sigue siendo la de “bárbaro” y “salvaje”, lo cual —pensaban— suponía una dificultad para el progreso y la civilización del país.

De tal manera que este acercamiento a su propuesta historiográfica elaborada en un momento en el que el liberalismo republicano se impuso, también nos da una idea de la forma en que ciertos historiadores (V. Riva Palacio o J. M. Vigil, entre otros) trataron de reivindicar la

tradicción novohispana. No es un asunto menor, si tomamos en cuenta que algunos liberales radicales (Ignacio Ramírez fue uno de ellos), en su extremismo, le negaron algún valor al periodo colonial. Por ejemplo, el catolicismo y la *cultura cívica* que lo acompañaron —costumbres, hábitos, imaginario político, sentido de pertenencia— fueron procesos que se gestaron y promovieron entre los novohispanos, fundamentales para la cohesión de la sociedad virreinal, condición que permaneció, incluso, mucho tiempo después de la Independencia (Connaughton, 2012: 99-149). Dicha ala radical estaba convencida de que en ese momento histórico, se habrían fraguado todos los males que México padecía entonces. Existe aquí algo relevante desde el punto de vista historiográfico y es que una consecuencia de esa “mentalidad de víctima” fue que, al configurar una historia nacional tras el proceso independentista, se le dio la espalda a la herencia española (ya ni hablar del resto de los grupos étnicos).

Otro aspecto que nuestro historiador pondera en el desarrollo de la etapa novohispana, es la decisiva participación de la Iglesia en asuntos que iban más allá de lo dogmático. Para ello, pone de ejemplo las diversas actividades en las cuales dicha institución tuvo un impacto que —considera— fue benéfico para el Nuevo Reino de León y las Provincias Internas de Oriente.

En los años siguientes (1792) se concluyó del todo. Tuvo las licencias necesarias para construir una Catedral y fundar un Hospital, un convento de Capuchinas, un Colegio de propaganda fide, como el de Nuestras Señora de Guadalupe de Zacatecas, un colegio seminario. Trajo también un arquitecto francés llamado D. Juan Crouset para hacer las obras necesarias. Comenzó por hacer primero el Seminario, y luego siguió dando principio a un tiempo a las tres obras del Hospital, convento de Capuchinas y Catedral, dejando la erección del Colegio de propaganda fide para hacerla después en Boca de Leones. Estas obras las situó al lado norte, un poco distante de la parte poblada, con la mira de que la ciudad se extendiese para aquel lado, y llegara de este modo a ser el centro de la población el punto en que comenzó su iglesia (González, 1887: 337).

Inmerso en el *romanticismo*, este historiador ponderó la labor de una institución como la Iglesia, que durante la Nueva España fue pilar para el desarrollo de una cultura que en el siglo XIX él reconoce como *nacional*. Lo anterior también nos permite acercarnos a la postura político-ideológica del doctor González, liberal como el mencionado Ignacio Ramírez pero con una posición moderada y conciliadora. Como historiador, nuestro personaje —al igual que Riva Palacio y Vigil— entendió que el México de signo republicano y liberal en el que le tocó vivir, se forjó tras la conquista —ciertamente cruenta— y con el posterior periodo virreinal.

Los puntos destacados muestran que nuestro personaje estuvo en consonancia con los planteamientos que Clavigero expuso en la última parte del siglo XVIII en su *Storia Antica del Messico*; esto es, reconocer que el Nuevo Mundo ha forjado su propia tradición (en este caso, la cultura novohispana y —de paso— cuestionar el eurocentrismo). Si bien el historiador decimonónico no cita al sacerdote jesuita precursor del pensamiento criollo, como él abonó con su trabajo a crear una noción de *cultura nacional* —desde una región y en otra época—, a partir de la ponderación de condiciones de tipo étnico (mestizaje) y religioso (catolicismo).

Consideraciones finales

José Eleuterio González, como historiador inmerso en el *romanticismo* y de convicción liberal, fue a ese “encuentro con el origen” (estudio científico del periodo colonial temprano) para dotar a su región de un pasado que la ubicara en el devenir histórico nacional. Puede decirse que, para el caso aquí analizado, el influjo del movimiento romántico y la constitución del Estado mexicano impulsaron el carácter científico de la historia durante la segunda mitad del siglo XIX.

Asimismo, el estudio que elaboró sobre la etapa colonial (antiguas Provincias Internas de Oriente) muestra que, desde el punto de vista historiográfico, comprendió que durante el periodo virreinal se fraguó lo que, a la postre, sería el *destino histórico* de la nación: el México de signo republicano y convicción liberal. Lo anterior, lo desmarca de los

posicionamientos radicales del liberalismo de la época y lo presenta como un moderado.

Si se acepta el argumento hermenéutico respecto a que el pasado humano está en nuestro presente —es decir, en nuestra vida—, puede considerarse válido también para las experiencias nacionales. Por tanto, si lo que define a un país —o, en este caso, a una región— es su historia, ésta adquiere su forma más concreta en su historiografía. En tal sentido y vista, a casi un siglo y medio de distancia, la propuesta historiográfica de José Eleuterio González muestra a un historiador pleno y conocedor de los métodos entonces considerados de vanguardia, mediante los cuales revaloró su pasado colonial. Pese a los méritos señalados, no debe ignorarse el hecho de que a lo largo del siglo xx los estudios de historia elaborados por nuestro personaje serán sometidos a lecturas cada vez más minuciosas (Vito Alessio Robles y Eugenio del Hoyo, por ejemplo). La razón principal es que la historia como disciplina constantemente mejora sus controles científicos y, en esa línea, el rigor analítico también se perfecciona.

Se mencionó al principio que la historia profesional en México, se desarrolló a partir de 1940; en esa nueva etapa su principal objetivo era —y sigue siendo— construir conocimiento, lo que significa que logra su fin en sí misma (ya no es necesario exaltar a la patria o apelar al Estado). En contraste, las generaciones de historiadores mexicanos durante buena parte del siglo xix asumieron su labor de forma estratégica como parte de algo que consideraron un “objetivo supremo”: constituir el Estado nacional en un país —ya se mencionó— convulsionado; por tanto, para ellos la historia no era un *fin*, sino un *medio* estratégico para contribuir al logro de dicha meta. Así, para nosotros el Estado mexicano —imperfecto si se quiere— es algo dado, ya sea contemplado como un territorio delimitado, como un ente político o como la suma de instituciones (legislativas, judiciales, educativas, electorales, de seguridad pública, de seguridad social, etcétera) que regulan nuestra vida diaria. En contraparte, ahora es necesario recordar que para aquellos mexicanos de la entonces nueva nación —en particular los nacidos durante el proceso independentista o, incluso, después, e inspirados en los postulados del *romanticismo*—, el Estado mexicano

fue algo que debieron constituir ante una multitud de amenazas propiciadas desde el interior (luchas intestinas, guerras civiles, caudillismos) y otras de origen externo (dominación extranjera, invasiones).

Recuperar y presentar en los albores del siglo XXI una propuesta historiográfica de la segunda mitad del siglo XIX, cuya preocupación fue estudiar y valorar la experiencia colonial, nos permite destacar desde el plano de la escritura de la historia, al menos, dos aspectos: por un lado, que es posible reconocer en la *alteridad* un objeto de estudio para producir nuevo conocimiento sobre nuestro pasado; por otro, el reconocimiento de dicha alteridad nos brinda la posibilidad de enlazarnos y continuar con la tradición historiográfica mexicana elaborada desde una región específica.

Respecto a los grandes personajes nacionales mencionados, existe otro detalle que contrasta con nuestro historiador: mientras el material de archivo que documenta el quehacer de, por ejemplo, Vicente Riva Palacio, se encuentra debidamente organizado y resguardado en la Universidad de Texas en Austin, lo que concierne al doctor González en el mismo rubro se encuentra —en el mejor de los casos— disperso. De tal manera que manuscritos, cartas, fotografías y cualquier otra cosa que dé un indicio sobre la actividad intelectual de nuestro autor, se encuentra en varios lugares (instituciones oficiales —por cierto, maltratados— o en recintos privados) y a la espera de un estudio acucioso por parte de las y los historiadores.

Por último, es importante decir que en esa parte del norte de la república otros personajes también estuvieron activos y contribuyeron con su obra (historia, estadística, geografía) a la construcción y difusión de una *cultura nacional*, como fueron los casos de Alejandro Prieto en Tamaulipas y Esteban L. Portillo en Coahuila. Si bien los personajes mencionados son de generaciones distintas coincidieron en tiempo con su actividad intelectual. Ahora nos preguntamos por otros hombres públicos de la época, que con su trabajo en diversos rubros y ubicados en distintas partes del territorio mexicano abonaron a la causa nacional a través de la cultura.

A casi 150 años de haber comenzado su faceta como historiador, José Eleuterio González nos recuerda que nuestro oficio —hoy tan

incomprendido y despreciado por muchos, devaluado por el amiguismo y el compadrazgo, afectado por la arrogancia de poses farisaicas y abrumado por el burocratismo— alguna vez tuvo una función estratégica: reinventar, recrear la sociedad mexicana de entonces —en este caso, desde las regiones— para abonar a la *cultura nacional*.

Referencias

- Arenal, Jaime del (2008). “El discurso en torno a la ley: el agotamiento de lo *privado* como fuente del derecho en el México del siglo XIX”. En: Brian Connaughton, Carlos Illades y Sonia Pérez Toledo (coords.). *Construcción de la legitimidad política en México en el siglo XIX*. México: El Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 303-322.
- Berlin, Isaiah (2000). *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus.
- Connaughton, Brian (2010). *Entre la voz de Dios y el llamado de la patria. Religión, identidad y ciudadanía en México, siglo XIX*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa/Fondo de Cultura Económica.
- Dávila, Hermenegildo (1888). *Biografía del Dr. José Eleuterio González (Gonzalitos)*, escrita por su discípulo en bellas letras Lic. Hermenegildo Dávila. Monterrey: Tip. del Gobierno.
- Dosse, François (2004). *La historia. Conceptos y escrituras*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Espinosa Martínez, Édgar Iván (2010). “En busca de un método: la escritura de la historia en México, 1853-1889”. *Relaciones*, 123: 21-58.
- (2009). “La construcción de lo ‘nacional’ desde las regiones”. *La Revista de Nuevo-León y Coahuila, 1863-64. Vetas 30*: 101-123.
- Florescano, Enrique (2012). *La función social de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- González, José Eleuterio (1887). *Apuntes para la historia eclesiástica*. Monterrey: Imprenta del Gobierno.

- González y González, Luis (1997). *La ronda de las generaciones*. México: Editorial Clío.
- Hale, Charles (2002). *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Matute, Álvaro (1974). *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Ortega y Medina, Juan A. (1980). *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana (Guillermo de Humboldt-Leopold von Ranke)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Palti, Elías José (2005). *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Riva Palacio, Vicente (1889). *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. México/Barcelona: Ballescá y Cía. Editores/Espasa y Cía. Editores.
- Soberón Mora, Arturo (2001). "Las armas de la Ilustración: folletos, catecismos, cartillas y diccionarios en la construcción del México moderno". En: Laura Suárez de la Torre (coord.) y Miguel Ángel Castro (ed.). *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México.
- White, Hayden (2001). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zepeda, Beatriz (2012). *Enseñar la nación. La educación y la institucionalización de la idea de nación en el México de la Reforma (1855-1876)*. México: Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.